

microscópica fauna asociada. De lianas descomunales que parecen provenir de tiempos prehistóricos, se pasa a densos manglares y espléndidas orquídeas. Interiores de bosques que ignoraban toda huella humana, donde la guagua convive con el oso hormiguero y urticantes bichos de cuatro centímetros. Profundidades marítimas hechas de jardines de coral que despliegan sus pólipos en la noche junto con gorgonias y bivalvos. Arrecifes, playas de piedras pulidas, arenas negras donde el cangrejo rojo deja su rastro característico.

Las fotografías del libro son piezas profesionalmente captadas. Pertenecen a la buena academia de las fotografías de la naturaleza estilo *National Geographic*, hasta el punto de que no resulta molesto que algunas no sean particularmente interesantes. Entre las más destacadas del libro pueden mencionarse varias, como la de la página 12, sin más identificación, que presenta el interior de un bosque en todo el esplendor de su exuberancia, dulcemente iluminado. Ciertos atardeceres, como los de las páginas 40, 54 y 55, no sólo eluden la trivial imagen de afiche o postal turística, sino que logran detener ese instante del crepúsculo "en que las cosas brillan más". En la página 120 se encuentran dos paisajes que seguramente harían las delicias de Atget, y en la 124 un espléndido insecto *Macrobrachium* de azul intenso contra una hoja naranja, que parecen dar una lección de teoría del color.

Las costas, arrecifes y acantilados que abruptamente unen montaña y mar, bosque y océano, recortadas contra un fondo de cielo plomo, son tal vez las imágenes más específicas y propias que definen la personalidad geográfica del lugar. Las fotos submarinas son de gran belleza e interés, por los extraños mundos que revelan a los pobres mortales terrestres.

La presencia de los habitantes locales es escasa pero justa. Se echa de menos, sin embargo, el rostro de Salomón, particular personaje lugareño, amo y señor de la isla que bautizó con su nombre, situada a la entrada de la ensenada.

Los fotógrafos debieron enfrentar no pocas dificultades. A las asociadas con el transporte del equipo se unieron las ocasionadas por las condiciones climá-

ticas de humedad e iluminación. Por ejemplo, debieron mantener sellada al vacío la película fotográfica, para evitar su deterioro y las cámaras debieron ser protegidas con especial cuidado, para defenderlas "del relente y de los hongos invisibles que se crían en el aire con sólo respirar" (pág. 165).

Algunos detalles editoriales podrían haberse resuelto con mayor solvencia. Es el caso de los pies de fotos, que son inexistentes con frecuencia; otros no siempre convencen por la redacción o por la insuficiente información que a veces ofrecen del lugar o de las imágenes que se presentan. La tapa del libro en un cartón de mayor gramaje habría evitado el desagradable ondulado. No se deja de añorar que alguno de los autores, a la manera de un explorador decimonónico, hubiera llevado un diario de trabajo, cuyos mejores apartes pudieran haber sido publicados como el testimonio contemporáneo de un ojo moderno que descubre de nuevo un nuevo mundo.

La obra, producida con evidente amor y respeto, tiene el doble mérito de poner al alcance, por primera vez, las imágenes de una desconocida e inolvidable porción de la geografía nacional, y la de ofrecer una bien elaborada, ilustrativa y didáctica descripción de la extraordinaria riqueza viva, presente en la que puede ser una de las regiones ecológicamente más valiosas del planeta.

SANTIAGO LONDOÑO V.

Palabras populares con marco teórico

Diccionario de las hablas populares de Antioquia

Carlos García Z. y César Muñoz A.
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 1993, 309 págs.

Más que un diccionario propiamente dicho, se trata de un conjunto de tres léxicos: Léxico de antioqueñismos, Léxico coloquial y popular, y Léxico jergal del subsistema lingüístico de la

subzona antioqueño-caldense, que forma parte de la zona occidental perteneciente a la super zona interiorana o andina, según la propuesta de clasificación dialectal del español de Colombia del profesor José Joaquín Montes, y que comprende los departamentos de Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda.



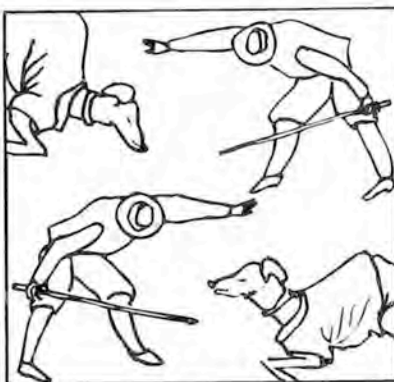
Con este conjunto de léxicos se enriquece y afirma una reconocida tradición lexicográfica antioqueña sobre el habla de esta región. Tradición que cuenta ya con un buen número de obras y que fue iniciada, según parece, por Rafael Uribe Uribe, en 1887, con su *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje*. Mucho han cambiado las cosas desde esos tiempos hasta nuestros días. De una orientación decididamente prescriptiva, nos encontramos ahora ante un trabajo descriptivo y constativo; un trabajo, donde, a la luz de la sociolingüística, se nos presenta una dimensión de la lengua puesta en boca, ya no del gramático o del purista, sino del hablante común y corriente, del vulgo, del drogadicto y del marginado social; una dimensión de la lengua exclusiva, ya no del uso formal y dependiente del rigor racional, sino de los contextos informales y dinamizada por la emotividad y la afectividad.

Los objetivos de los autores son dos: a) presentar el léxico del español hablado en Antioquia en su diversidad dialectal y social, y b) llevar a cabo un trabajo actualizado de recopilación, clasificación y definición de un nuevo cúmulo de voces que sirva a los usuarios y también como una motivación para este tipo de estudios.

La primera impresión que podría tener el lector es que se trata de un trabajo lexicográfico exclusivo sobre el habla regional antioqueña. Ese es uno de los objetivos y el propósito fundamental de los autores. Pero al calar en cada uno de los léxicos, particularmente en los dos últimos, a un hablante no antioqueño, como al autor de la presente reseña, le causa gran extrañeza encontrar que un buen número de términos y locuciones que le son y le han sido completamente familiares en su medio desde su infancia sean catalogados como antioqueñismos en la acepción con que los autores los presentan; sea, por ejemplo, el siguiente conjunto de términos extraído teniendo en cuenta únicamente las entradas de las tres primeras letras del alfabeto: *acelerado, acelere, acostarse, agusal, apuntarse, aventar, bazuco, bazuquero, boleteo, bomba, botado, buséfalo, cacho, camellar, camellador, cana, calentador, carreta, catano, cascar, cascarero, caspete, chance, chepazo, chicuca, chicharrón, chimbada, chismografiar, chispo, chutar, chuzo, chuzografiar, colón, combo, corrido, cuadrarse*. La extrañeza se disipa un poco al detenerse en las precisiones de los respectivos marcos teóricos de cada léxico: "No hay entonces, una seguridad absoluta de lo que parecería ser un simple y reducido antioqueñismo" (pág. 24). "Para la extracción del inventario de las formas coloquiales y populares oídas en Antioquia, aunque no necesariamente circunscritas a esta área geográfica se ha acudido a tres tipos de fuentes [...]" (págs. 114-115). "Aunque este lexicón se concentra únicamente en el habla jergal oída en Antioquia, debe entenderse que muchos de estos términos se oyen en otras partes de Colombia e incluso de Hispanoamérica" (págs. 207-208).

La referencia a estas precisiones, más que desconocer la creatividad lingüística y los valores dialectales del habla antioqueña, habla de la honradez investigativa de los autores y de algunas dificultades con que se encuentra el lexicógrafo en la búsqueda de una identidad lingüística regional en el contexto de una nacionalidad más amplia. Son escasos los diccionarios sobre lenguas regionales y los estudios lexi-

cográficos realizados en Colombia sobre las distintas zonas dialectales, y cuando existen tales diccionarios, no son suficientemente exhaustivos. Por tanto, el criterio de uso contrastivo de selección de las entradas basado en los diccionarios existentes, por ahora, en la lexicografía colombiana es necesario, pero no es suficiente. Sin embargo, en la línea seguida por los autores es inexplicable la omisión, al menos en la bibliografía, del *Breve diccionario de colombianismos* (1975) de la Academia Colombiana, Comisión de Lexicografía, donde se registran algunos términos que también son de uso frecuente en otras regiones de Colombia, como, por ejemplo, *atao, candelero*.



De una u otra manera, un diccionario es un sistematizador de la cultura lingüística, la cual, a su vez, es una sistematización de otras manifestaciones culturales. Si se tratara de ver cómo la lengua va con la vida de las comunidades que la hablan, o cómo la lengua es como la huella digital de la sociedad en que se integra, nada mejor que recurrir a un diccionario, máxime si es de hablas populares, en el cual, a manera de espejo, es posible mirar o admirar la conciencia lingüística de la comunidad hablante que allí se refleja. En este sentido, el conjunto de léxicos elaborado por los profesores García Z. y Muñoz A. admite una doble visión y valoración: la del lingüista, y la de los usuarios de la lengua reflejada.

Desde el punto de vista del lingüista, tales léxicos son un valioso aporte para el reconocimiento de los mecanismos de que dispone la lengua en su continua renovación y recreación léxica. Desde el punto de vista del usuario de

la lengua, el diccionario se convierte en un medio para admirar el producto de su creatividad lingüística, en un recurso para afirmar su identidad regional y dar a conocer a los demás grupos sociales su actitud lingüística ante el dialecto que los caracteriza. Por otra parte, el *Diccionario de hablas populares de Antioquia* es una muestra que permite valorar el ingenio y la creatividad de los hablantes antioqueños para acomodar la lengua a las más variadas situaciones de uso, y a la expresión de los más finos matices afectivos y emotivos que suscita la vivencia o supervivencia en uno u otro contexto social. En el uso creativo de la lengua se refleja socialmente una determinada visión del mundo; no importa cuál sea tal visión: poética, racional, teológica, etc. De todos modos, la recursividad que ofrece la lengua y la creatividad de los hablantes se conjugan armónicamente para reflejar tal visión; unas veces para el enriquecimiento espiritual; otras, para la solución de los problemas mediante la comunicación; otras, para dificultar la comprensión de algunos oyentes y de este modo identificarse socialmente, y otras veces, si es el caso de contrastar la entereza del espíritu con la dureza de las condiciones de existencia, para burlarse de la vida con el ingenio, el humor o la ironía. Esta deducción se evidencia particularmente al hojear el Léxico coloquial y popular y el Léxico jergal.



En el reconocimiento de los mecanismos de que dispone la lengua y que son actualizados por los hablantes en su creatividad lingüística, vale tener en cuenta: I. La motivación morfológica o creación de nuevas palabras por: a) derivación:

bazuquero, boletiar, camellar, campaniar, engramparse, escamoso, gaminería, huevonada, inmamable, muchachón, sicosiar, etc.; b) composición: aguasal, casquifloja, tumbalocas, etc.; c) parasíntesis: aguamasera, chismografiar, chuzografiar, etc. 2. La motivación semántica o creación de nuevos significados por metáfora o metonimia: culebra, chispa, vitrinariar, volarse. 3. La motivación morfosemántica: amistad, gasolinera, papayazo, atracacunas, coparota, etc. 4. La construcción de frases: perder (uno) los folios, caminarle (uno a algo), pararlo (a uno), ser (alguien) una madre, etc. Además de otras formas más complejas donde concurren procesos fonéticos, morfológicos, u otros muy sui géneris. Esta creatividad es más evidente en el Léxico jergal, del cual, para configurar la imagen de tal creatividad, extraemos otros procedimientos: 1. Alteración fonética: atirbar x atisbar, mempo x lempo, recatiar x regatiar, etc. 2. Metaplasmos: misaca x camisa, mirdo x dormir, jermu x mujer; chacho x muchacho, ñero x compañero; metra x metralleta, situa x situación, a la f x a la fija, etc. 3. Sufijación deformante: carátula, hermanófilo, rarófilo, suavesongo, etc. 4. Cruce o acción de dos palabras: movio x mozo y novio, colaborambón x colaborador y lambón, etc. Préstamos semánticos: man, flay, etc. 5. La abundancia de sinónimos, fenómeno derivado (desde el punto de vista lingüístico) de la creatividad con que utiliza la lengua. Estos fenómenos nos muestran que los hablantes de las jergas ponen en práctica todos los procedimientos fonéticos, morfológicos, sintácticos y léxico-semánticos comunes a todo proceso de renovación y recreación léxica.

De los léxicos presentados, el de antioqueñismos es el de más puro sabor regional. No puede decirse lo mismo de los demás, presentados como subconjuntos de la variedad dialectal antioqueña. Como todo buen trabajo académico, cada uno de los léxicos está precedido de su correspondiente marco teórico que ubica al lector en el contexto lingüístico y destaca los principales aspectos identificados. En muchos aspectos se cumplen los propósitos de los autores: elaborar nuevos trabajos que aporten material para los estudios

dialectológicos y lexicográficos del español hablado en Colombia, y con ello se amplíe el conocimiento del habla regional. Su esfuerzo se traduce también en un valioso aporte para el estudio de la dinámica social del lenguaje y el estudio de la estilística del lenguaje cotidiano.

BERNARDO MORALES A.
Departamento de Lingüística
Universidad Nacional de Colombia

Mi reino por un retrato

Retratos

Fotografías de Hernán Díaz; texto de Eduardo Serrano.
Villegas Editores, Santafé de Bogotá, 1993, 128 págs.

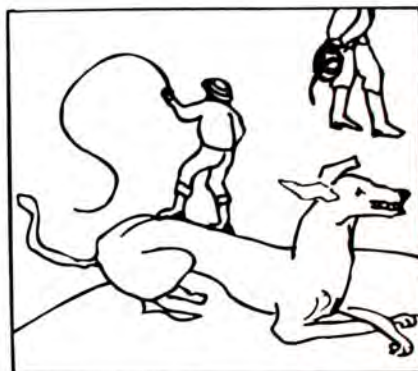
En un texto al final de este libro, el fotógrafo Hernán Díaz dice: "El orden visual, retrospectivo y cronológico de una obra, se convierte inevitablemente en biografía del autor. Por primera vez y gracias a la magia del libro, encuentro unas imágenes jamás vistas, una junto a otra, de personas que en un momento de sus vidas coincidieron frente a mi cámara para celebrar la ceremonia del retrato. Es, pues, un libro abierto a la memoria".

El fotógrafo se presenta en forma absolutamente modesta y cuenta, paso a paso, en pocas páginas, cómo llegó hasta este libro, su última obra publicada.

Hernán Díaz es, sin duda, el fotógrafo vivo más importante de Colombia, con un merecido reconocimiento internacional. Sus retratos son la revelación de los personajes captados por el lente de su cámara.

Con los hombres, más que con las mujeres, tiene una sensibilidad que le permite disparar el obturador y fijar para siempre un gesto, una mirada, que definen el tono exacto de la persona fotografiada. Digo esto, pensando en que sus retratos masculinos son más espontáneos, menos estudiados que la

mayor parte de los de las mujeres. Al menos, es la impresión que siento viendo este libro de retratos.



Él mismo señala la importancia que para un buen retrato tiene el hecho de que haya familiaridad entre el retratado y su entorno. Dice que es necesaria la intimidad entre fotógrafo y retratado para llegar al momento preciso y fijar esa imagen efímera. "[...] los fotógrafos lidiamos con las formas que están a punto de esfumarse, y cuando se han ido, no hay artificio sobre la tierra que las haga regresar". Con esta frase gabolesca, define su sentido de la perpetuidad, para la que se requiere estar a fondo con el elegido para la foto. (En un documental sobre el pintor Lorenzo Jaramillo [q.e.p.d.], explica al realizador Poncho Ospina cómo toma sus retratos. Palabras más, palabras menos, es durante una larga conversación con el pintor, la cámara en una mano cubierta por el brazo cruzado y de cuando en cuando: clic). Esto produce un efecto que inmediatamente se nota. Son retratos, en todo el sentido de la palabra. Están tomados en ese instante preciso en que la persona se revela y en su cara queda marcada su personalidad. Ahí está la magia de Hernán Díaz. Es un artífice de esa mezcla necesaria entre tiempo y espacio conjugados, requisito indispensable de toda buena obra de arte.

Ya dijo alguien que todos tenemos una edad. Somos para siempre la cara de alguna época. La imagen de Sofía Loren que se nos viene a la cabeza al pensar en ella, es bastante más joven de lo que luce hoy en día; o Mick Jagger, por ejemplo. Hernán Díaz es nuestro marcapasos en el tiempo. El Fernando Martínez, el Luis Caballero,